

Elixir estomacal

ESTOS italianos no tienen arreglo. Cualquier intento que se haga para que remonten su subdesarrollo genético ha de tropezar con los más descorazonadores resultados. Yo desoí los consejos de Rossemberg sobre la evidente decadencia de esa mezcla de ligures, celtitas, subarios, eslavos y bosquimanos (o bereberes) que forman el cajón de sastrería racial italiano. Les quise reconocer un papel histórico que habían perdido desde los tiempos de Teodosio. Y también sobre Teodosio habría mucho que hablar.

Pues bien. Nunca merecieron mi voto de confianza. Mandolina y «spaghetti», chianti y «palpo e mano morta» (meter mano) y todo lo demás, gerundio sobre gerundio. Ahora me veo en la molesta tarea de analizar las elecciones italianas, cuando lo que yo prefiero es hablar de esas riquísimas minas que Ricardo Nixon ha situado frente a los puertos vietnamitas. Ante todo quiero expresar mi más enérgica protesta contra los responsables últimos de HERMANO LOBO por desperdiciar páginas y el poco dinero que me pagan en un tema tan mínimo como las elecciones italianas.

Es cierto que los misinos han avanzado algo, pero a mí el Giorgio Almirante ese no me gusta. Emplea casi el mismo lenguaje que Servan-Schreiber y habla de salvar el «status» democrático. Claro que yo tampoco me comprometí mucho sobre esta cuestión durante la República de Weimar, pero hablaba con más bigotes. Y un fascista ha de tener bigotes y no contentarse con cháchara neocapitalista. El resultado del pacto democrático del MSI ahí está: un país en bancarrota, sin seguridad pública, pendiente del mal humor de la extrema derecha y de la extrema izquierda. Cuidado. No es que yo abogue por la solución centro, pero la extrema derecha hace muy bien en responder a la violencia chantajista de la extrema izquierda. La violencia es vida y los pueblos agresivos, a la larga, triunfan. Me vino mucho cenizo después de la segunda guerra mundial a convencerme de que yo estaba equivocado: «¿Lo ves? (me tuteaban porque todo el mundo se ceba con el árbol caído). Un pueblo pacífico como el americano ha vencido a un pueblo agresivo como el alemán». Yo me río. Pero que nadie confíe ante mi risa.

Para centrar el tema de las elecciones italianas habría que hablar del asunto Feltrinelli:

La agresividad va a interpretar nuevamente la vida europea en los próximos diez años. Feltrinelli ha volado, y haya sido la CIA, algún misino (naturalmente incontrolado, je, je, je) o él mismo, se lo tenía muy merecido. A este chico tenía que haberle metido en cintura Benito; una buena temporada en el hospicio le habría dado un sentido más equilibrado de la existencia. Algunas personas se han sorprendido de que teniendo mucho dinero se dedicara a revolucionario. Gentes sin mundología ni nada, que no saben de esta misa la mitad. Los muy ricos son gentes tan peligrosas como los muy pobres. Se aburren, no saben qué hacer y se drogan con ideas o con lo que sea. Cuando alguien me recomendaba a algún hijo de buena familia para mandos intermedios, yo siempre contestaba: «Cuando no traicionan por dinero, traicionan por soberbia, y cuando no, por aburrimiento».



**LOS ITALIANOS
NO TIENEN
ARREGLO**



Me los conozco bien. Aquí donde me ven, yo he trabajado de pintor de brocha gorda en casas muy importantes. No es que quiera presumir, pero sabía entenderme con ellos. Siempre se sorprendían de mi cultura y modos, aunque no valoraban en mí la fuerza histórica que me rezumaba. Miopes e ingratos. Como les conozco muy bien, como he pintado sus alcobas y despensas, me conozco el tipo Feltrinelli. Un día un poquito de Marx, otro día un poquito de Rosa Luxemburgo y se termina por encontrarle gusto al asunto. Un día alguien le grita: «¡Integrado!», y en lugar de contestar «¡integrado lo será tu padre!» se acoquinan, marchitan en el lagrimeo de la mala conciencia y se apuntan a las bazas más izquierdistas.

En lugar de financiar el orden, financian el desorden. En lugar de financiar patria, financian la antipatria. En lugar de buscar planes con señoras gordas, hermosotas, sin complejos, se los buscan entre delgaduchas con menopausia mental desde que tuvieron el primer cogito interruptus. Y así no es manera.

Yo se lo decía a Alfred: «Ustedes han de dar ejemplo, y como me entere de que usted siga llevando la vida que lleva, le pego un cañonazo con sus propios cañones». Alfred, vaya tipo, se ponía muy meloso y me contestaba: «No será tanto, Adolfo». Pizpireto y gajoso, el condenado. Más de una vez me vinieron ganas de enterrarlo o volarlo como a Feltrinelli. En cambio, su padre era otra cosa. Lo peor son los hijos de papá como Feltrinelli.

Ahora vendrán los profesionales de la mitificación y el cachondeo a decir que sí es un hito o que sí es el símbolo de no sé qué. Paparruchas al servicio de la ideología del abandonismo y de la entrega de Europa al apetito del Oriente brutal y afeminado. No. Hay que llamar a las cosas por su nombre, y el nombre que hay que darle a Feltrinelli es el de irresponsable, malcriado «snob». Los débiles de pulso dirán que ha sido horroroso. Hombre, no es un espectáculo agradable, lo admito. Pero a los críticos imparciales de la Historia no debe temblarnos el pulso que guía nuestro bolígrafo cuando tejemos y destejemos argumentos en pro del orden nuevo, de la fuerza nueva que ha de llevar a Occidente por los caminos de su preclaro destino.

Triste, mas impenitente.

El futuro ha comenzado, y dentro de siglos, cuando vengamos a comentar el episodio Feltrinelli, yo tendré suficientes argumentos como para responder, a guisa de conclusión: «¿Lo ves? Tanto ruido para nada». O tal vez no sea ni siquiera necesario mi comentario. ¡Estarán tan claras las cosas! El hombre nuevo, limpio de cuerpo y alma, no tendrá necesidad de ir y venir con cuchicheos sobre si a Feltrinelli le han puesto la bomba o si la ha puesto él. Chismorrerías de este tipo sólo se conciben en plena degradación del espíritu de disciplina ante los hechos.

¿Que le han puesto una bomba? Por algo será. ¿La ha puesto él y le ha explotado? Bien empleado le está, por saboteador e inepto.

Bueno. Me he encendido con lo del chico Feltrinelli. Sobre las elecciones sólo tengo que añadir: los tибios misinos me las pagarán.

Adolfo

Españolito que vienes al mundo, te guarde Dios.



Una de las dos Españas ha de helarte el corazón.



Y si no, ¡al tiempo!



Y a las españolitas, también.

